

ENÛMA ELISH

El mito mesopotámico de la creación

El mito mesopotámico más conocido y completo sobre la creación es de origen acadio y toma su nombre de las palabras con que empieza: "Enûma Elish" («*Cuando en lo alto...*»).

Se trata de un canto de alabanza al dios **Marduk** y a su ciudad, Babilonia, y presenta el universo como si se tratase de una organización política. El "Enûma Elish" se remonta aprox. al año 1900 a.C., nacido la experiencia religiosa de la primera dinastía babilónica, aunque la versión que ha llegado hasta nosotros se redactó hacia el 1100 a.C.

El orden divino

«*Cuando en la altura los cielos aún no estaban nombrados y en lo bajo la tierra no tenía aún nombre...*». Según el mito, en los tiempos en que tanto los cielos como la tierra estaban aún sin formar, tan sólo existían las aguas dulces: el dios **Apsu**; y las aguas saladas primigenias: la diosa **Tiamat**. Con el paso del tiempo, ambas se unieron y Tiamat dio a luz a **Lahmu** y **Lahamu**. El mundo fue poco a poco cobrando forma y de la unión de estos últimos nacieron Anshar y Kishar, los límites del cielo y la tierra que se encuentran en el horizonte. Anshar dio a luz a **Anu**, el cielo ("An" es el "cielo" en sumerio) y Anu a su vez engendró a **Ea** (o Enki entre los sumerios), el astuto dios que con el tiempo destronaría a Apsu para convertirse en el dios de las aguas dulces.

A medida que el mundo fue haciéndose más y más complejo, todos estos seres fueron adoptando una actitud mucho más activa, hasta que empezaron a aflorar tensiones y conflictos entre los dioses de la primera generación y el resto de las divinidades posteriores, mucho más emprendedoras y las cuales encarnaban, precisamente, las facetas humanas. Así, cuando estas últimas empezaron a jugar y gritar, perturbando la tranquilidad de Apsu y Tiamat, Apsu propuso exterminarlas para restablecer el silencio, a lo que Tiamat respondió airada e incrédula: «*¿Cómo vamos a acabar con lo que nosotros mismos hemos creado?*». No obstante, a pesar de las protestas, Apsu tramó en secreto la muerte de los dioses jóvenes. Pero Ea, haciendo honor a su condición de divinidad más astuta, logró vencer a su padre ante la estupefacción de los otros dioses recitando un conjuro que lo sumió en un profundo sueño, tras lo cual le quitó la corona y su manto de terribles rayos, y lo mató.

Después de vencer a Apsu, Ea se quedó con el poder del reino profundo océano de agua dulce, también llamado "apsu", y construyó en lo más alto del mismo su propio templo, donde se fue a vivir con su esposa Damkina. Allí engendraron a su hijo, el bello y poderoso Marduk, mucho más agraciado que cualquiera de sus predecesores, pues dado que tenía cuatro ojos y cuatro orejas, poseía una vista y un oído excepcionales.

Anu, el abuelo de Marduk, creó a los cuatro vientos para que el jovencísimo dios pudiera jugar con ellos, pero sus juegos acabaron dando lugar a tormentas en la superficie de la Tiamat, el mar, que perturbaron la tranquilidad de los otros dioses. Estos, molestos, empezaron a acusar a Tiamat por no haber vengado la muerte de su esposo Apsu, hasta que al final, harta ya de tanta crítica, la diosa decidió acabar con el joven Marduk. Para ello creó once dragones y otros tantos terribles monstruos y los encomendó al dios Qingu, a quien también entregó la "tablilla de los destinos" para que ostentase el poder supremo en su nombre.

Cuando los dioses supieron las intenciones de Tiamat, fueron presa una vez más de un intenso pánico. Como en la ocasión anterior, Ea intentó interceder ante Tiamat, pero no tuvo éxito. Entonces llegó el turno de Anu, quien retrocedió nada más viendo a la airada diosa, mucho más temible aun que el propio Apsu. Al final, los dioses suplicaron a Marduk, el poderoso hijo de Ea, que los salvase.

Marduk accedió a luchar contra Tiamat, pero con la condición de que antes se le invistiera con el poder absoluto sobre los demás dioses. Las divinidades, que se habían reunido en torno a un banquete y habían bebido una gran cantidad de cerveza, aceptaron de inmediato la condición impuesta por Marduk. Así pues, la institución de la realeza surgió en unas circunstancias anormales con el fin de garantizar la integridad de todo el colectivo de dioses y a Marduk se le concedió el poder mágico de gobernar sobre las otras divinidades: «*De ahora en adelante, ninguno de nosotros actuará en contra de tus órdenes*».

Después de recibir los atributos propios de su nueva condición de rey y proveerse de una colección de temibles armas, Marduk se dispuso a combatir a la temible Tiamat. Lo primero que hizo fue enviarle a los cuatro vientos que habían motivado su ira para que la enfurecieran aún más. Cuando Qingu y los otros partidarios de la diosa fueron presa del caos y la confusión, Marduk hizo que los vientos penetrasen en la boca de la diosa e inflaran su vientre, tras lo cual le arrojó una flecha y la partió en dos. A continuación, envolvió al ejército de la diosa con su red y arrebató la “tablilla de los destinos” a Qingu, que se introdujo en su propio pecho. Tras la derrota de Tiamat y la captura de la “tablilla de los destinos”, Marduk se convirtió en soberano indiscutible de todos los dioses. En su nueva condición de dios y soberano, inició un ambicioso proyecto en el que la derrota de la temible diosa del océano tan solo había sido un primer paso, pero fundamental, en su objetivo de instaurar un nuevo orden en el universo.

La Creación del mundo

Marduk contempló el cuerpo sin vida de Tiamat sin saber qué hacer con él, hasta que decidió partirlo en dos mitades y con ellas creó el cielo y la tierra. Después, para subrayar su legitimidad como sucesor del trono de Ea, Marduk construyó su palacio en el cielo, Esharra, por encima de donde su padre había levantado su residencia en lo alto del “apsu”. A continuación dirigió su atención al cielo y creó las constelaciones, enseñó a la luna su ciclo mensual y creó las nubes de lluvia con la saliva de Tiamat. Acto seguido dio forma a la **Tierra** con la mitad superior del cuerpo de Tiamat. Para ello hizo que de sus ojos fluyeran el Tigris y el Éufrates, y convirtió sus pechos en sendas montañas de las que fluían torrentes de agua dulce. En recuerdo del combate que mantuvo con la diosa, convirtió en estatuas los cuerpos de los once monstruos de Tiamat y los colocó a la entrada del templo de Ea.

Los dioses estaban encantados con los cambios que Marduk había introducido y no dudaron en reafirmar su condición de soberano de todos los dioses. Así, si en un principio le habían otorgado dicho título como simple medida de emergencia, ahora reconocían su indudable capacidad para llevar a buen puerto el gobierno del universo. Marduk, a su vez, les ordenó construir una ciudad que hiciera las veces de palacio y de templo, y se llamaría **Babilonia**. Además decidió dar vida a una nueva criatura: «*Déjenme poner sangre junta y unos cuantos huesos. Déjenme crear un salvaje primigenio al que llamaré Lullu, ‘el hombre’. Dejen que haga el trabajo más penosos de los dioses de manera que estos puedan holgar a su gusto*». Entonces Marduk reunió a todos los dioses y les pidió que dijese el nombre de aquél que había liderado la revuelta contra Tiamat. Todos señalaron a Qingu, a quien como castigo cortaron las venas. De la sangre que brotó, y siguiendo las ingeniosas instrucciones de Marduk, más allá de todo entendimiento humano, Ea creó la humanidad.

A pesar de haber creado al hombre para cavar las acequias de los campos, los dioses terminaron la construcción del palacio y el templo de Babilonia con sus propias manos. Una vez concluidos, se celebró un banquete en el cual adoraron las armas con que Marduk había derrotado a Tiamat y recitaron los cincuenta nombres del dios, cada uno de los cuales aludía a algún aspecto de su personalidad, de su culto o de sus hazañas.

En ocasiones se menciona un mundo subterráneo donde moraban los muertos, si bien no en las mismas condiciones que los vivos.

EL POEMA DE GILGAMESH

Gilgamesh o Gilgamés es un personaje legendario de la mitología sumeria. Según el documento llamado *Lista Real Sumeria*, fue el quinto rey de Uruk hacia el año 2650 a. C. y protagonista del *Poema de Gilgamesh*, también llamada *La Epopeya de Gilgamesh* en la que se cuentan sus aventuras y búsqueda de la inmortalidad junto a su amigo Enkidu (Enkidu fue creado por Aruru por petición de Anu que oía las quejas de la gente sobre Gilgamesh y ésta le dijo a Aruru que creara un ser tan fuerte como Gilgamesh, hijo de la diosa Ninsun y un sacerdote llamado Lillah. Gilgamesh, al enterarse de la existencia de Enkidu, envió a una prostituta sagrada llamada Shamhat, que pasó seis días y siete noches haciendo el amor con Enkidu para convencerle de que era mejor una vida sabia y social que una vida de soledad y brutalidad en el bosque).

La mitología cuenta que Gilgamesh fue un rey déspota que reinó en Babilonia en la ciudad de Uruk (actual Warka, en Iraq). En la Biblia se hace referencia a esta ciudad con el nombre de Erech. Fonéticamente, su evolución puede haber dado el nombre a Iraq. La leyenda sobre este rey cuenta que los ciudadanos de Uruk, viéndose oprimidos, pidieron ayuda a los dioses, quienes enviaron a un personaje llamado Enkidu para que luchara contra Gilgamesh y le venciera. Pero la lucha se hace muy igualada, sin que se destaque un vencedor y, a continuación, los dos luchadores se hacen amigos. Juntos deciden hacer un largo viaje en busca de aventuras, en el que aparecen toda clase de animales fantásticos y peligrosos. En su ausencia, la diosa Inanna (conocida por los babilonios como Ishtar y más tarde como Astarté) había cuidado y protegido la ciudad. Astarté declara su amor al héroe Gilgamesh pero éste lo rechaza, provocando la ira de la diosa que en venganza envía el Toro de las tempestades para destruir a los dos personajes y a la ciudad entera.

Gilgamesh y Enkidu matan al toro, pero los dioses se enfurecen por este hecho y castigan a Enkidu con la muerte. Gilgamesh muy apenado por la muerte de su amigo recurre a un sabio llamado Utnapishtim (Ziusudra en sumerio que puede significar «el de los Días Remotos») el único humano junto con su esposa que por la gracia de los dioses son inmortales. Gilgamesh recurre a él para que le otorgue la vida eterna, pero Utnapishtim le dice que el otorgamiento de la inmortalidad a un humano es un evento único y que no volverá a repetirse como ocurrió con el Diluvio Universal. Finalmente la esposa de Utnapishtim le pide a su esposo que como consuelo a su viaje le diga a Gilgamesh donde localizar la planta que devuelve la juventud (más no la vida o juventud eterna), éste le dice que la planta está en lo más profundo del mar. Gilgamesh se decide a ir en su busca y efectivamente la encuentra, pero de regreso a Uruk decide tomar un baño, y al dejar la planta a un lado, una serpiente se la roba (basándose en que las serpientes cambian de piel, por ello vuelven a la juventud). El héroe llega a la ciudad de Uruk donde finalmente muere.

He aquí fragmentos del poema de Gilgamesh junto con algunos paralelos del relato bíblico del diluvio (Génesis 6-8). El poema data del II milenio a.C., mientras que el relato bíblico pertenece al siglo VI a.C. redactado por los judíos exiliados en Babilonia.

Gilgamesh habló a Utnapishtim el Lejano: «Te he estado observando, pero tu aspecto no es extraño, ¡eres como yo! Tú mismo no eres diferente, ¡eres como yo! Tenía la intención de luchar contra ti, pero (en cambio) mi brazo se posa amistosamente sobre ti. Dime, ¿cómo asististe a la Asamblea de los dioses y encontraste la vida (eterna)?» Utnapishtim habló a Gilgamesh, diciendo: "Te revelaré, Gilgamesh, una

cosa oculta, y un secreto de los dioses te diré:

Suruppak, ciudad que tú conoces y que en las riberas del Éufrates está situada, esa ciudad era muy antigua, y había dioses en ella. Los corazones de los grandes dioses los impulsaron a suscitar el diluvio. El padre de todos, Anu, ordenó el juramento [de no revelar lo que allí se hablara], el valiente Enlil era su consejero, Ninurta, su asistente, Ennuge, su irrigador. Ea (el sabio príncipe) también estaba con ellos bajo el juramento [de silencio], así que repitió su parlamento a la choza de cañas: «¡Choza de cañas, choza de cañas! ¡Pared, pared! ¡Oh, Hombre de Suruppak, hijo de Ubar-Tutu! ¡Demuele (esta) casa y construye una nave! Renuncia a tus riquezas y busca la vida. ¡Desdeña tus pertenencias y salva a los seres vivos! Haz que todos los seres vivos suban al barco. El barco que has de construir ha de tener las mismas dimensiones: su longitud debe corresponder con su anchura. Constrúyete un tejado como el Apsu.».

Entendí y dije a Ea, mi señor: «He aquí, mi señor, lo que así ordenaste tendré a honra ejecutar. Pero, ¿qué contestaré a la ciudad, a la gente y a los ancianos?» Ea habló, diciéndome a mí, su servidor: En tal caso, esto es lo que has de decirles: «He sabido que Enlil me es hostil, de modo que no puedo residir en vuestra ciudad, ni poner mi pie en el territorio de Enlil. Por lo tanto, a lo profundo bajaré, para vivir con mi señor, Ea. Pero sobre vosotros derramará la abundancia, los pájaros selectos, los más excelentes peces. La tierra se colmará de riqueza de cosechas. Por la mañana hará que lluevan panes y por la noche trigo».

Al primer resplandor del alba, [la gente de] la región se juntó a mi alrededor, el carpintero trajo su hacha, el artesano de las cañas trajo su piedra (de trabajo), [...] el niño llevaba la brea, el débil trajo todas las otras cosas necesarias. Al quinto día tendí su maderamen exterior. Un acre (entero) era el espacio de su suelo, diez docenas de codos la altura de cada pared. Diez docenas de codos cada borde del cuadrado puente. Preparé los contornos (y) lo ensamblé. Lo proveí de seis puentes, dividiéndolo (así) en siete pisos. Cada piso lo dividí en nueve compartimentos. Clavé desagüaderos en él. Me procuré pértigas y acopíé suministros. Tres sar de betún eché en el horno. Tres sar de asfalto también eché en el interior, tres sar de aceite los portadores de cestas transportaron, Aparte de un sar de aceite que la calafateadura consumió, y los dos sar de aceite que el barquero estibó.

Bueyes maté para la gente y sacrificué ovejas cada día. Mosto, vino rojo, aceite y vino blanco di a los trabajadores para beber, como si fuera agua del río, para que celebrasen como en el día del año nuevo. Abrí... ungüento, aplicando(lo) a mi

Haz para ti un arca de maderas bien acepilladas: en el arca dispondrás celdillas, y las calafatearás con brea por dentro y por fuera. Y has de fabricarla de esta suerte: la longitud del arca será de trescientos codos, la latitud de cincuenta, y de treinta codos su altura. [...] Y de todos los animales de toda especie meterás dos en el arca, macho y hembra, para que vivan contigo.

Por tanto tomarás contigo toda especie de comestibles, y los pondrás en tu morada, y

mano. Al séptimo día el barco estuvo completo. La botadura fue ardua. Tuvieron que formar una pista de rodillos que llevaban de atrás adelante hasta que dos tercios de la estructura entraron en el agua. Cuanto tenía cargué en él: cuanto plata tenía cargué en él; cuanto oro tenía cargué en él; cuantos seres vivos tenía cargué en él. Toda mi familia y parentela hice subir al barco. Las bestias de los campos, las salvajes criaturas de los campos. Todos los artesanos hice subir a bordo.

Shamash me había fijado un tiempo: «¡Por mañana haré que lluevan panes, y por la noche trigo! ¡Sube [entonces] a bordo y sella la entrada!» Aquel tiempo señalado llegó: por la mañana, hizo que llovieran panes, y por la noche trigo. Contemplé la apariencia del tiempo. El tiempo era espantoso de contemplar. Subí al barco y sellé la entrada. Por haber calafateado el barco, a Puzur-Amurri, el barquero, cedí la casa con todo su contenido. [En otros textos, Utnapishtim le entrega al barquero, que cierra la escotilla por fuera, una tablilla nombrándolo heredero de todos sus bienes que quedan atrás.]

Al primer resplandor del alba, una nube negra se alzó del horizonte. En su interior Adad truena, mientras Sullat y Hanis van delante, moviéndose como heraldos sobre colina y llano. Erragal arranca los amarraderos; avanza Minurta y hace que los diques se desborden. Los Anunnaki levantan las antorchas, encendiendo la tierra con su fulgor. La consternación por los actos de Adad llega a los cielos, pues volvió en negrura lo que había sido luz. La vasta tierra se hizo añicos como una vasija. Durante un día el viento del sur sopló, más y más fuerte, sumergiendo los montes, atrapando a la gente como un ataque. Nadie ve a su prójimo, no pueden reconocerse unos a otros en el torrente. Los dioses se aterraron del diluvio y, retrocediendo, ascendieron al cielo de Anu. Los dioses se agazaparon como perros acurrucados contra el muro exterior.

Ishtar gritó como una parturienta, la señora de dulce voz de los dioses gime: «Los días antiguos se han trocado, ¡ay!, en arcilla porque dije maldades en la asamblea de los dioses. ¡Cómo pude decir maldades en la asamblea de los dioses, provocando una catástrofe para destrucción de mi gente! ¡No tardé más en dar a luz a mi querido pueblo de lo que él tarda ahora en llenar el mar como los peces! Los dioses Anunnaki lloraban con ella, Los dioses, humildemente, lloran sentados, con los labios ardiendo, muertos de sed.

Seis días y siete noches sopló el viento del diluvio, mientras la tormenta del sur barre la tierra. Al llegar al séptimo día, la tormenta del sur (transportadora) del diluvio amainó en la batalla, que había reñido como un ejército. El mar se aquietó, la tempestad se apaciguó, el diluvio cesó. Contemplé el

te servirán tanto a ti como a ellos de alimento. [...] En el plazo señalado del día dicho, entró Noé con Sem, Cam y Jafet, sus hijos, su mujer, y las tres mujeres de sus hijos con ellos, en el arca.

[...] Y el Señor lo cerró por la parte de afuera.

Pasados los siete días, las aguas del diluvio inundaron la Tierra. [...] Entonces vino el diluvio por espacio de cuarenta días sobre la tierra, y crecieron las aguas.

[...] y todo cuanto en la tierra tiene aliento de vida, todo pereció. [...] Y las aguas dominaron la tierra por espacio de ciento cincuenta días.

Dios, entre tanto, teniendo presente a Noé, y a todos los animales, y a todas las bestias que estaban con él en el

tiempo: la calma se había establecido, y toda la humanidad había vuelto a la arcilla. El paisaje era llano como un tejado. Abrí una escotilla y la luz hirió mi rostro. Inclinéme muy bajo, me senté y lloré, deslizándose las lágrimas por mi cara. Miré en busca de la línea litoral en la extensión del mar: a doce leguas emergía una región (de tierra). En el Monte Nisir el barco se detuvo. El Monte Nisir mantuvo sujeta la nave, impidiéndole el movimiento, Un primer día, un segundo día, el Monte Nisir mantuvo sujeta la nave, impidiéndole el movimiento. Un tercer día, un cuarto día, el Monte Nisir mantuvo sujeta la nave, impidiéndole el movimiento. Un quinto y un sexto (día), el Monte Nisir mantuvo sujeta la nave, impidiéndole el movimiento.

Al llegar el séptimo día, envié y solté una paloma. La paloma se fue, pero regresó. Puesto que no había descansadero visible, volvió. Entonces envié y solté una golondrina. La golondrina se fue, pero regresó; Puesto que no había descansadero visible, volvió. Después envié y solté un cuervo. El cuervo se fue y, viendo que las aguas habían disminuido, come, se rasca, se atusa las plumas, pero no regresa.

Entonces dejé salir (todo) a los cuatro vientos y ofrecí un sacrificio. Vertí una libación en la cima del monte. Siete y siete vasijas cultuales preparé, sobre sus trípodes amontoné caña, cedro y mirto. Los dioses olieron el aroma, los dioses olieron el dulce aroma, los dioses se apiñaron como moscas en torno al sacrificio.

Cuando, al fin, la gran diosa llegó, alzó las grandes joyas que Anu había labrado para su disfrute: «Dioses, tan cierto como que no olvidaré este lapislázuli que está en mi cuello, recordaré estos días, sin jamás olvidarlos. Vengan los dioses a la ofrenda; (pero) no acuda Enlil a la ofrenda, porque, sin mostrar respeto alguno, causó el diluvio y a mi pueblo condenó a la destrucción».

Cuando finalmente llegó Enlil y vio el barco, Enlil montó en cólera, le invadió la ira contra los dioses Igigi: «¿Escapó algún ser vivo? ¡Ningún hombre debía sobrevivir a la destrucción!». Ninurta habló al valiente Enlil, diciendo: «¿Quién, salvo Ea,

arca, hizo soplar el viento sobre la tierra, con que se fueron disminuyendo las aguas. [...] Y el arca, a los veintisiete días del mes séptimo, reposó sobre los montes de Armenia. Las aguas iban menguando de continuo, pues en el primer día de este mes se descubrieron las cumbres de los montes. Pasados después cuarenta días, abriendo Noé la ventana que tenía hecha en el arca, despachó al cuervo, el cual no volvió hasta que las aguas se secaron sobre la tierra. Envié también después de él la paloma, para ver si ya se habían acabado las aguas en el suelo de la tierra, la cual, no hallando donde posarse, volvió a él, al arca, porque había agua sobre toda la tierra [...]

Salió, pues Noé, y con él sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos, como también salieron del arca todos los animales [...] Y edificó Noé un altar al Señor y, cogiendo de todos los animales y aves limpias, ofreció holocaustos sobre el altar. Y el Señor se complació en aquel olor de suavidad, y dijo: «Nunca más maldeciré la tierra por las culpas de los hombres»

podía idear algo así? Sólo Ea, que conoce toda maquinación».

Ea habló al valiente Enlil, diciendo: «Tú, el más sabio de los dioses, tú, héroe, ¿cómo pudiste, sin respeto alguno, causar el diluvio? ¡Castiga al pecador por sus pecados, castiga al ofensor por su ofensa! ¡(Sin embargo), sé benévolo para que [la humanidad] no sea cercenada! ¡Sé paciente para que no muera! En lugar de traer tú el diluvio, ¡ojalá un león hubiera surgido para disminuir la humanidad! En lugar de traer tú el diluvio, ¡ojalá un lobo hubiera surgido para disminuir la humanidad! En lugar de traer tú el diluvio, ¡ojalá una hambruna hubiera surgido para menguar la humanidad! En lugar de traer tú el diluvio, ¡ojalá una pestilencia hubiera surgido para herir a la humanidad! No fui yo quien reveló el secreto de los grandes dioses. Yo sólo hice que Utnapishtim viese un sueño, y percibió el secreto de los dioses. ¡Reflexiona ahora en lo que le atañe!».

He aquí una diferencia notable entre ambos textos: en el Génesis no hay ningún dios sabio como Ea que le saque los colores a Yahveh por el crimen contra la humanidad que cometió al desencadenar el diluvio.

Lo que sigue es el episodio final del poema, que también está conectado, aunque de forma más indirecta, con la mitología judía. La serpiente que arrebató la inmortalidad a Gilgamesh (y a todos los hombres con quienes pensaba compartirla) es probablemente "la misma" que desencadena la expulsión de Adán y Eva del Edén, impidiendo que lleguen a comer del Árbol de la Vida, que les hubiera dado la inmortalidad.

Y dijo [el Señor]: "Ved ahí a Adán, que se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal, ahora, pues, echémoslo de aquí, no sea que alargue su mano y tome también del fruto del árbol de la vida, y coma de él, y viva para siempre.

Gilgamesh dijo a Utnapishtim el Lejano: «¿Qué haré, Utnapishtim; adónde iré, ahora que el Despojador hace presa en mis miembros? En mi alcoba acecha la muerte, ¡y doquiera que pongo mi pie está la muerte!» Utnapishtim dijo a Urshanabi, el barquero:

«Urshanabi, ¡que el desembarcadero no tenga contento en ti, que el lugar de travesía a ti renuncie! ¡que a ti que vagas en su playa, te sea negada su playa! Al hombre que trajiste (aquí), cuyo cuerpo está cubierto de suciedad, la gracia de cuyos miembros pieles desfiguraron, lleva, Urshanabi, y condúcelo al lugar del baño. Que se libre de su suciedad con agua limpia como la nieve, que se despoje de sus pieles y el mar (las) arrastre, que su cuerpo sea untado con aceites finos, que la belleza de su cuerpo se pueda ver. Haz que renueve la banda de su cabeza, que se ponga ropajes reales dignos de él, hasta que se vaya a su ciudad, hasta que reanude su viaje. ¡Que sus ropas no tengan manchas, que sean totalmente nuevas!».

Urshanabi lo llevó y condujo al lugar del baño. Se lavó la suciedad con agua limpia como la nieve. Se despojó de sus pieles, el mar (las) arrastró, se untó con aceites finos, renovó la banda que ceñía su cabeza, se puso ropajes reales dignos de él hasta que se fuera a su ciudad, hasta que reanudara su viaje, sus ropas permanecieron sin manchas, totalmente limpias.

Gilgamesh y Urshanabi subieron a la barca. Lanzaron la barca a las olas (y) zarparon. Su esposa le dijo a él, a Utnapishtim el Lejano: «Gilgamesh vino aquí, penando y esforzándose. ¿Qué (le) entregarás para que regrese a su tierra con honor?». Entonces Gilgamesh levantó su pértiga para acercar la barca a la playa. Utnapishtim habló a Gilgamesh, diciendo:

«Gilgamesh, viniste aquí, penando y esforzándote. ¿Qué te entregaré para que regreses a tu tierra con honor? (Te) revelaré, oh Gilgamesh, una cosa oculta, y un secreto de los dioses te diré: Hay una planta, como el cambrón es su... Sus espinas pincharán tus manos como la rosa. Si tus manos obtienen la planta, serás joven de nuevo».

En cuanto Gilgamesh oyó esto, abrió la cañería, ató piedras pesadas a sus pies. Le bajaron a lo profundo y vio la planta. Cogió la planta, aunque pinchó sus manos. Cortó las piedras pesadas de sus pies y el mar lo lanzó a la orilla. Gilgamesh habló a Urshanabi, el barquero, diciendo: «Urshanabi, esta planta es una planta contra la decadencia, por la que un hombre puede reconquistar el aliento de su vida. La llevaré a la amurallada Uruk, haré que un anciano la coma para probarla. El nombre de la planta es "El Hombre se hace Joven en la Senectud". Entonces, yo mismo (la) comeré y así volveré al estado de mi juventud».

Después de veinte leguas se detuvieron para comer, después de treinta leguas se prepararon para pasar la noche. Gilgamesh vio un pozo cuya agua era fresca. Bajó a bañarse en el agua. Una serpiente olfateó la fragancia de la planta; salió del agua y arrebató la planta. Al retirarse mudó de piel.

Ante esto Gilgamesh se sienta y llora, Las lágrimas se deslizan por su cara. Cogió la mano de Urshanabi, el barquero: «¿Para quién, Urshanabi, mis manos trabajaron? ¿Para quién se gastó la sangre de mi corazón? No he obtenido merced alguna para mí. ¡pero sí que logré una merced para el león de la tierra! ¡Y la marea la llevará a veinte leguas de distancia! Cuando abrí la cañería y... el año, hallé lo que se había puesto como señal para mí: ¡Me retiraré, y dejaré la barca en la orilla!» Después de veinte leguas comieron un bocado, después de treinta leguas se prepararon para la noche. Cuando llegaron a la amurallada Uruk, Gilgamesh dijo a él, a Urshanabi, el barquero:

«Anda, Urshanabi, acércate a la muralla de Uruk y camina a su alrededor. Examina sus cimientos, inspecciona a fondo su enladrillado. ¿No está toda la estructura de ladrillo hecha de ladrillo cocido, y no fueron los propios siete sabios quienes trazaron sus planos? Una legua [de muralla] abarca [la] ciudad, una legua jardines de palmeras, una legua tierras bajas, el campo del templo de Ishtar, tres leguas, además del campo de Uruk».